

imprevisor sin que por esto dejara de ser bueno y compasivo. La joven lejos de ser egoísta no tenía más pesares que los ajenos, con los cuales simpatizaba con todo su corazón : sacrificábase en cuerpo y alma por los que sufrían; pero al volver las espaldas no se acordaba más de ello. Muchas veces interrumpía sus carcajadas para llorar amargamente, y otras interrumpía su llanto para reírse. Á fuer de verdadera hija de París prefería el ruido al silencio, el movimiento al reposo, la atolondrada armonía de la orquesta que dirige los bailes de la *Chartreuse* ó del *Colysée*, al dulce murmurar del aire; ó al susurro de las hojas. El atronador estruendo de las calles del centro de París, era para ella mil veces preferible á la soledad de los campos, y el deslumbramiento de los fuegos artificiales, con el estallido de los cohetes y bombas, á la serenidad de una noche pura y silenciosa y alumbrada por el débil resplandor de las estrellas. Sí, gustábale más el negro barro de las calles de la capital que el verdor de los prados y el sofocante polvo de los bulevares que el aire libre de los campos que las flores silvestres embalsaman con sus aromas.

Salía únicamente de su cuarto los domingos, y todas las mañanas un momento para hacer la provisión de alguna verdura, pan, leche y cañamones para ella y para sus pájaros; pero vivía en París porque era París, y se habría desesperado si hubiera tenido que vivir fuera. Á pesar de su gusto por los placeres parisienses, á despecho de su libertad, ó más bien del abandono en que vivía puesto que estaba sola en el mundo, no obstante la increíble economía á que estaba reducida á fin de poder vivir con franco y medio diario, y á despecho de su traviesa, agraciada y lindísima figura, siempre escogió sus novios.... (no los llamamos amantes, pues luego se verá si lo que madama Pipelet dijo con respecto á los vecinos de la joven debe considerarse como calumnias ó como indiscreciones): decíamos que siempre escogió á sus novios entre las personas de su clase: es decir, no elegía más que á sus vecinos, y esta igualdad ante el alquiler estaba muy lejos de ser censurable.

Un opulento y célebre artista, un moderno Rafael, de quien Cabrión no era más que el Julio Romano, vió un retrato de Alegria en que no se le había hecho favor alguno. Pasmado el maestro al mirar las encantadoras facciones de la joven se empeñó en que el discípulo había poetizado ó más bien idealizado su modelo. Cabrión, que se enorgullecía con tener tan linda vecina, propuso á su maestro hacérsela ver como un objeto artístico, un domingo en el baile del *Hermitage*. Enamorado el Rafael al ver aquella interesante figura, puso en juego todos los esfuerzos imaginables para suplantar á su Julio Romano: hicieron á la costurera los ofrecimientos más seductores, pero rehusó heroicamente mientras que sin ningún escrúpulo ni empacho, todos los domingos aceptaba de su vecino una modesta comida en el *Méridien* (afamado figón del boulevard del Templo), y un asiento de galería en los teatros de la *Gaité*, ó del

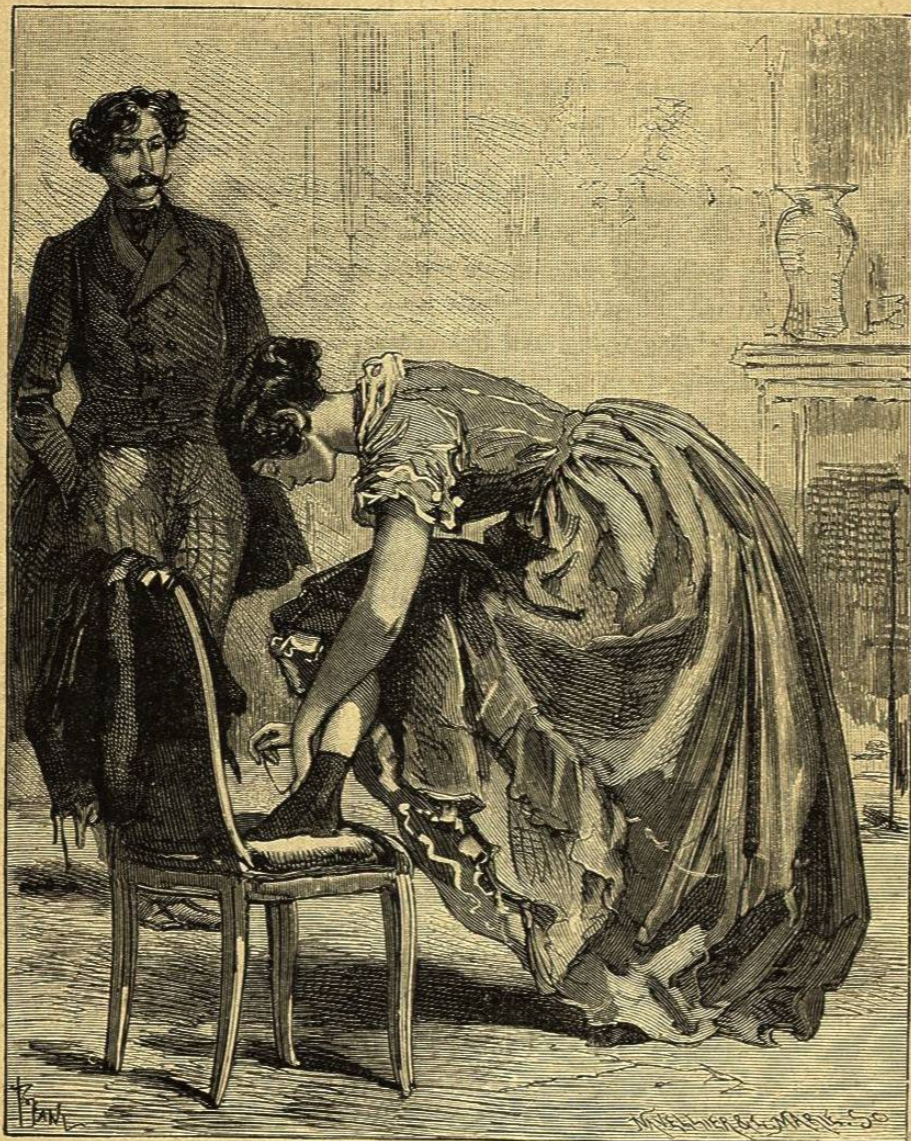
Ambigu. Tales intimidades comprometían muchísimo y eran capaces de inspirar grandísimas sospechas contra la virtud de Alegria; mas sin explicarnos todavía acerca de este particular diremos que en algunas delicadezas relativas, hay secretos y abismos impenetrables.

Cuatro palabras respecto á la figura de la costurera, é introduciremos á Rodolfo en el cuarto de su vecina. Era de estatura mediana, más bien baja, pero tan graciosamente formada, con tanta finura y tal voluptuosidad modelada, que el ser un poco más alta hubiera perjudicado mucho á su gracioso conjunto. El movimiento de sus pies pequeños, siempre perfectamente calzados con botitas de casimir negro, recordaba el paso vigilante, callado y gracioso de la codorniz ó de la nevatilla. No parecía que anduviese, sino que rozase con el pavimento para resbalar rápidamente por su superficie. Este particular modo de andar que tienen las jóvenes de esta clase, ágil, insinuante, como si anduvieran asustadas, debe atribuirse á tres causas, á saber: al deseo de parecer bonitas, al temor de llamar la atención por sus movimientos harto expresivos, y al afán de perder el menos tiempo posible.

Rodolfo no la había visto hasta entonces sino á la sombría luz de la guardilla de Morel, ó de la escalera no menos oscura; de modo que al entrar en el cuarto iluminado por dos anchas ventanas le admiró la brillante frescura de la joven, y se mantuvo inmóvil un momento observando el gracioso cuadro que tenía ante los ojos. La costurera en pie delante de un espejo colocado encima de la chimenea acababa de anudar bajo la barba las cintas de un sombrero, sencillamente adornado. Este sombrero puesto muy atrás dejaba descubiertas dos anchas trenzas de cabellos lisos brillantes como el azabache: sus cejas igualmente negras y delicadas, se arqueaban encima de los ojos grandes, negros, alegres y algo picarescos: sus mejillas algo redondeadas, sonrosadas y frescas, solo podrían compararse al aspecto que presentan algunas frutas, las manzanas por ejemplo, cuando en plena sazón aparecen bañadas por el rocío matinal. Era su nariz pequeña, delgada y graciosa, y su boca algo grande con labios encarnados y húmedos, que dejaban ver unos dientes chicos, blancos y apretados. En el centro de cada una de sus mejillas, había un hoyuelo que daba á su fisonomía mucha gracia, y otro en el centro de la barba no lejos de un pequeño lunar que tenía cerca de la boca.

Entre la pañoleta que caía sobre la espalda y el sombrero, veíase el nacimiento de los hermosos cabellos tan perfectamente recogidos y alzados, que cada raíz aparecía limpia y como si estuviera pintada sobre el marfil de aquel hermoso cuello. Un vestido de merino de color de pasa de Corinto con espalda lisa y mangas ajustadas y hecho por su misma dueña, ceñía un talle tan esbelto, que seguramente hacía innecesario el corsé que la joven en realidad no llevaba por economía. Denunciaba esta circunstancia la facilidad y la singular desenvoltura de

algunos movimientos. En la creencia de que Rodolfo no la veía, puso el pie en una silla para entrelazar con su pequeña y cuidada mano la trencilla de sus botitas; pero esta íntima operación no pudo ejecutarla sin que Rodolfo viera los bajos de los



Puso el pie en una silla.

vestidos de la joven, blancos como la nieve y el perfil irreprochable de la pierna. La cinta de un gracioso delantal rodeaba su talle, que podía abarcarse con las dos manos. Por la descripción hecha es fácil comprender que la costurera

había elegido lo que se llama el fondo del baúl para hacer honor á su compañero. El fingido dependiente de comercio le parecía muy agradable, sobre todo por su rostro en que andaban mezclados la benevolencia, el atrevimiento y el orgullo. Además, se mostraba tan compasivo con la familia de Morel cediéndole generosamente su cuarto, que gracias á esta prueba de bondad, y acaso también al atractivo de sus facciones, Rodolfo, había adelantado mucho sin advertirlo en la confianza de la costurera. Ésta con arreglo á sus ideas prácticas acerca de la intimidad forzosa y de las recíprocas obligaciones que la vecindad impone, tenía á fortuna que viniese á ocupar el puesto del dependiente de comercio, del pintor Cabrión y de Francisco Germán un vecino como Rodolfo, pues en verdad comenzaba á disgustarle que el cuarto inmediato estuviese tanto tiempo vacante, y temía también que al fin pudiese ser habitado por personas que le desagradasen.

Rodolfo aprovechaba el tiempo en que la costurera no le veía para echar una curiosa ojeada á la habitación, cuya limpieza y buen arreglo le parecieron dignos de mucho mayor elogio del que madama Pipelet había hecho. No puede darse cosa más alegre y bien dispuesta que aquella humilde vivienda: un papel gris con ramos verdes en las paredes; el pavimento pintado de color rojo, brillaba como un espejo. En la chimenea estaba colocada simétricamente la provisioncilla de leña partida tan chica, que sin exageración cada uno de sus trozos pudiera tomarse por una pajueta algo grande. Encima de la chimenea había como objetos de adorno, dos jarros pintados de verde esmeralda, que en la primavera se llenaban de flores de poco valor, pero olorosas; una cajita de boj que contenía un reloj de plata, un candelero de latón brillante como el oro y en el que había un cabo de cera, y una modesta lámpara de latón completaban los objetos de utilidad y de adorno. Además sobre la chimenea había un espejo cuadrado con marco de madera negra. Cortinas de indiana gris y verde guarnecidas con fleco de lana, cortadas, hechas y puestas por la misma joven en varillas de hierro pintadas de negro, adornaban las ventanas y la cama cubierta con colcha de la misma tela. Dos armarios con cristales, pintados de blanco y puestos á los dos lados de la alcoba, contenían sin duda los utensilios del ajuar, el hornillo portátil, el cántaro para el agua, las escobas, etc., todo dispuesto de modo que ninguno de estos objetos afeaba el aspecto del cuarto. El modesto mueblaje consistía en una cómoda de nogal bien barnizado y lustroso, cuatro sillas de la misma madera, una mesa grande para trabajar y aplanchar, cubierta de bayeta verde, y una silla poltrona de paja con un taburete igual, que era el acostumbrado asiento de la joven. En la abertura de las dos ventanas estaba la jaula de los dos canarios fieles acompañantes de la modista. Por una de aquellas ideas ingeniosas que sólo ocurren á los pobres, tenía la jaula colocada dentro de una gran caja de madera de un pie de profundidad y

puesta sobre una mesa. Esta caja á la cual Alegría daba el nombre de jardín de sus pájaros, estaba llena de tierra y cubierta de musgo durante el invierno, y en la primavera sembrada de hierba y de flores.

Miraba Rodolfo este recinto con curiosidad é interés, y comprendía perfectamente el aire de jovial humor de la joven. Figurábase aquella soledad interrumpida por el gorjeo de los pájaros y por el canto de Alegría, que en verano trabajaba sin duda cerca de la ventana abierta y medio oculta tras la verde cortina de flores, y en invierno al lado de la estufa al suave resplandor de la lámpara. Todos los domingos se distraía de su laboriosa vida haciendo partícipe de sus placeres á un vecino joven, alegre, indiferente y enamorado como ella, á lo menos así lo juzgaba Rodolfo que hasta entonces no tenía razón alguna para creer en la virtud de la costurera. Los lunes emprendía otra vez el trabajo pensando en los placeres pasados y en los futuros. Rodolfo conoció entonces toda la poesía de los cantares del vulgo acerca de los amores que viven alegremente en algunas guardillas, porque aquella poesía que todo lo embellece convierte la triste mansión del pobre en feliz nido de enamorados en la risueña juventud. Y ciertamente : esta encantadora divinidad por nadie podía estar mejor representada que por Alegría.

Estaba Rodolfo entregado á estas reflexiones cuando volviendo maquinalmente la vista hacia la puerta, percibió en ella un enorme cerrojo digno de la puerta de una cárcel, y en el acto pensó que aquel objeto podía tener dos significados y dos usos bien distintos, á saber : cerrar la puerta á los queridos, ó cerrar la puerta estando dentro los queridos. El uno de estos dos usos de un golpe echaba abajo las aseveraciones de madama Pipelet, y el otro las confirmaba. En este punto de sus interpretaciones se hallaba el príncipe, cuando volviendo Alegría la cabeza, le dijo :

III

LOS DOS VECINOS

— ¡ Ho la ! ¿ estabais ahí, señor socarrón ?

— Aquí estaba admirando en silencio.

— ¿ Y qué es lo que admirabais, vecinito ?

— Esto lindo cuarto, porque en verdad parece la habitación de una reina.

— ¡ Toma ! en esto consiste todo mi lujo, y puesto que nunca salgo de casa, justo es que á lo menos esté bien en ella.

— Yo no vuelvo de mi admiración : ¡ Vaya unas cortinas bonitas ! ¡ pues y la cómoda ! parece de caoba. Es preciso que hayais gastado mucho en todo esto.

— No me habléis de ello : cuando salí de la cárcel tenía 425 francos, y casi todos se me fueron en el arreglo del piso.

— ¡ Cómo de la cárcel ! ¿ Vos de la cárcel ?

— Yo de la cárcel. ¡ Pues es poca historia la mía ! Supongo que ya comprenderéis que no he estado presa por haber cometido ningún delito.

— Por supuesto ; pero entonces...

— Después del cólera me encontré sola en el mundo á la edad de diez años.

— Pero hasta entonces, ¿ en dónde habíais estado ?

— En casa de unas gentes muy honradas á quienes el cólera mató : y al decir esto se humedecieron los ojos de la joven. Se vendió lo poco que poseían para pagar algunas deudas, y yo, viéndome abandonada de todo el mundo y sin saber que hacer, me fui á un cuerpo de guardia que había enfrente de casa, y le dije al centinela : señor soldado, mis parientes se han muerto y yo no sé á dónde ir ; ¿ qué es lo que debo hacer ? El centinela llamó al oficial, éste me hizo llevar á casa del comisario, y éste como vagabunda me metió en la cárcel, de donde salí á los diez y seis años.

— ¿ Y vuestros padres ?

— Mi padre no sé quién era, y me acuerdo que á la edad de seis años perdí á mi madre, la cual me había sacado de la casa de expósitos á donde antes se vió obligada á llevarme. Esas buenas gentes de quienes os he hablado, vivían en nuestra casa, y como no tuvieron hijos y yo quedé huérfana, me recogieron.

— ¿ Y qué oficio tenían ?

— Papá Cretú, que así le llamaba yo, pintaba barcos, y su mujer era bordadora.

— ¿ Y lo pasaban bien ?

— Regularmente, aunque había sus más y sus menos, abundancia unas veces y miseria otras ; más esto no impedía que el hombre y la mujer, que se daban el nombre de esposos por más que no estuviesen casados, viviesen muy contentos y felices. En todo el barrio no había familia mejor avenida ; siempre de broma y siempre cantando, y uno y otro eran muy buenos y generosos, de modo que cuando tenían, á todos daban. Mamá Cretú era una mujer gruesa, de unos treinta años, limpia como el oro, alegre como unas pascuas y viva como el azogue. Su marido tenía una nariz muy grande y una boca digna de la nariz. Siempre llevaba gorras de papel, y toda su facha era tan rara que no podía mirársele sin reír. Al volver del trabajo cantaba, hacía gestos y saltaba como un niño ; me ponía sobre sus rodillas, hacíame bailar como un trompo, jugaba conmigo como si los dos tuviésemos la misma edad, y la mujer me mimaba que no había más que pedir. Los dos no querían sino que yo estuviese de buen humor y que me riera, y como yo en todo el día no hacía otra cosa, me bauti-